

9 LA DEIDAD DE JESUCRISTO

QUIENES HAYAN ESTADO SIGUIENDO LOS ARGUMENTOS PRESENTADOS en los capítulos anteriores pero todavía no sean cristianos, podrían estar pensando que hemos colocado, como dice el dicho popular, "todos los huevos en un cesto demasiado frágil". Hemos, evidentemente, colocado toda esperanza para nuestra salvación y para los males de este mundo sobre los hombros de un redentor prometido, que los cristianos identifican con Jesucristo de Nazare. Cabría pensar si es posible que una persona, no importa lo extraordinaria que fuese, estaría a la altura de una tarea de esa magnitud. ¿Cómo es posible que un hombre, un simple hombre, pudiera hacer tanto?

Esta es la cuestión. ¿Estamos hablando de un hombre? ¿O acaso se trata de Dios? Los cristianos no titubean en admitir que si Jesús no fuera más que un hombre, no importa lo asombroso que pudiera ser, resulta claro que no podría ser nuestro Salvador, ni tampoco es probable que hubiera hecho las cosas sobrenaturales que se le asignan. Por otro lado, si además de un hombre es Dios entonces nada es imposible para él y sin duda pudo lograr nuestra salvación. Dios no puede mentir; por ende, lo que ha prometido, necesariamente lo llevará a cabo. La pregunta sobre la deidad de Cristo es, por lo tanto, la cuestión fundamental sobre Jesucristo. Esto no implica que debemos aproximarnos a Jesús de una manera mística. Por el contrario, debemos aproximarnos a él como a un hombre verdadero actuando dentro del contexto de la historia, un hombre que realmente dijo e hizo determinadas cosas. Pero no será posible entender este hombre en dicho contexto hasta que reconozcamos que también es Dios que únicamente su divinidad le otorga significado a su discurso y sus hechos.

Esta fue la experiencia de los primeros discípulos y los apóstoles. Bruner escribe que "sólo cuando lo comprendemos como el Señor absoluto, a quien corresponde la más completa soberanía divina, es que se vuelve inteligible la victoria de la Pascua, y el hecho salvífico del Viernes Santo. Sólo cuando pudieron conocer a Jesús como el Señor celestial actual, pudieron tomar conciencia de sí mismos como colaboradores del Reino Mesíasico, como hombres de la nueva era Mesíasica".¹ Al considerar la persona de Jesucristo debemos comenzar, por lo tanto, con las enseñanzas de estos hombres; o sea, con la propia enseñanza bíblica.

La enseñanza de Pablo

Habremos de comenzar con los escritos del apóstol Pablo ya que, luego de la persona misma de Jesucristo, Pablo fue sin duda el principal exponente y teólogo de la iglesia primitiva. Además, Pablo no fue uno de los discípulos originales de Cristo, lo que nos podría hacer suponer que su opinión estaba teñida de una afectividad personal. Por el contrario, Pablo comenzó siendo un enemigo acérrimo de Cristo y de la iglesia, y en su juventud hizo todo lo posible por destruirla. Además, su oposición estaba cuidadosamente argumentada. Pablo, un judío pío y serio, se aproximaba a la religión sobre el supuesto que Dios era una unidad. Pablo era monoteísta. Creía que las afirmaciones de los cristianos sobre la divinidad de Jesús eran prácticamente una blasfemia. Resulta claro que si un hombre como Pablo fue convertido debe haber sido sobre la base de una profunda experiencia religiosa y sobre una evidencia fundada. Filipenses 2:5-11 es un pasaje clave en el que Pablo revela su entendimiento sobre Jesús. En esa breve sección, Pablo recorre la vida de Cristo desde su eternidad pasada, cuando tenía forma de Dios y era igual a Dios, a través de los acontecimientos en su vida terrenal y la eternidad futura, donde una vez más es glorificado con el Padre. Se lo ha equiparado a una parábola, ya que comienza el pasado infinito, desciende hasta el punto de la muerte de Cristo en la cruz, y luego asciende nuevamente hasta el futuro infinito.

Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho

semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.

Cuando habla sobre la posición que Jesús disfrutaba junto al Padre en la eternidad pasada, Pablo usa dos palabras que merecen un estudio detallado. La primera es la palabra griega *morphé*, que aparece en la frase "en forma de Dios". La palabra en castellano *forma* suele usarse para referirse a la forma visible de un objeto, es decir, a algo exterior. Este es uno de los significados de esta palabra —ocurre en la descripción que Pablo hace de los que tienen "una apariencia de piedad" pero niegan el poder de la religión (2 Ti. 3:5)— pero es el significado menos común. Hay otro uso de la palabra que sugiere la idea bíblica dominante. A veces decimos: "Hoy me siento en buena forma", con lo que queremos hablar no sólo sobre la mera apariencia exterior sino, asimismo, sobre la condición interior. Esto es lo que Pablo tenía en mente, en primer término, cuando escribió sobre Jesús en su estado antes de la encarnación. Lo que intentaba decir, como un comentarista lo ha expresado, era que "interiormente poseía y exteriormente, desplegaba la propia naturaleza de Dios mismo".²

La segunda palabra es aun más importante. Es *isos*, que significa "igual". En castellano aparece en los términos científicos "isómero", "isomorfo", "isométrico", y el "triángulo isósceles". Un isómero es una molécula que sólo tiene una pequeña diferencia estructural con otra molécula (como, por ejemplo, ser imágenes espejo entre sí), pero que sin embargo tienen una composición química idéntica. Cuando decimos que dos cosas son isomorfas queremos decir que comparten la misma forma. Isométrico significa "en igual medida". Y un triángulo isósceles es aquel triángulo que tiene dos lados iguales, de la misma longitud. Cuando Pablo utiliza esta palabra con referencia a Jesús está enseñando que Jesús es igual a Dios.

Pero además, esta es la manera como el pasaje se desenvuelve como una unidad. Una vez que se describió cómo Jesús dejó de lado su gloria previa para convertirse en un hombre y morir por nosotros, Pablo a continuación no muestra cómo volvió a recibir esa gloria y señala que ahora debe ser confesado como el Señor por toda criatura inteligente que habite el universo de Dios. En la última parte, "el nombre que es sobre todo nombre" es el nombre de Dios "el Señor". No hay otro nombre aparte de "el Señor" que pueda equipararse al "nombre que es sobre todo nombre". El pasaje fluye hacia esta confesión; esto es lo que la afirmación "Jesucristo es el Señor" significa. Significa que "Jesús es Dios". Los términos que Pablo utiliza para describir el homenaje que el universo le rinde a Jesús es una alusión bastante directa a Isaías 45:23, donde Dios mismo declara que él mismo es el objeto de una adoración universal: "Que a mí se doblará toda rodilla, y jurará toda lengua".

Estos versículos de Filipenses son llamativos por su alto contenido teológico sobre la persona del Señor Jesucristo. Salen al encuentro de otras confesiones menores sobre la persona de Cristo, mostrando que cualquier punto de vista que lo haga simplemente un gran maestro o un gran profeta no corresponde. También son llamativos porque su doctrina sobre Cristo es indirecta. Es decir la doctrina está expresada no por mérito propio sino que es traída a colación al tratar otro punto. El punto principal que Pablo trata de expresar no es que Jesús es quien es sino que nosotros tendríamos que ser como él es. El Obispo Handle: C. G. Moule, un comentarista inglés, ha escrito con referencia a esta sección de la carta de Pablo:

Tenemos aquí una cadena de afirmaciones sobre nuestro Señor Jesucristo, hechas unos treinta años luego de su muerte en Jerusalén; hechas a la plena luz del intercambio público cristiano y hechas (cada lector debe sentir esto) no como si se tratara de un tema controvertible, o una contestación a ciertas dificultades

o negaciones que pudieran existir, sino con el tono de una certeza ya dilucidada, común y viva. Estas afirmaciones nos brindan, por un lado, la seguridad más completa posible que él es un hombre, un hombre según la naturaleza, las circunstancias y la experiencia y, en particular, en la esfera de la relación con Dios el Padre. Pero también nos están dando la seguridad, en el mismo tono, y de una manera que es igualmente fundamental para el argumento entre manos, que él es genuinamente divino del mismo modo que es genuinamente humano.³

Hemos considerado con detalle este pasaje ya que las distintas partes de la doctrina de Pablo sobre el Señor Jesucristo están completamente resumidas en este pasaje. Pero esto no debería hacernos concluir que el pasaje en la carta a los Filipenses es el único lugar donde esta cuestión está presentada. Por el contrario, de la misma manera, si bien menos desarrollados, tenemos varios otros pasajes en los distintos escritos de Pablo.

Hay otros dos pasajes que tienen el mismo alcance (desde la eternidad pasada a la eternidad futura) y que son 2 Corintios 8:9 y Gálatas 4:4. En el primero de estos pasajes, Pablo habla sobre el Señor Jesucristo como quien "por amor a nosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros, con su pobreza fueseis enriquecidos". En el segundo pasaje, escribe que "cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos". En ambas ocasiones Pablo está considerando una gloria previa de Cristo que por un período fue dejada de lado para poder alcanzar nuestra redención. Todos los demás pasajes que hablan sobre Dios como "enviando a su propio Hijo" también se ajustan a este marco (comparar con Ro. 8:3; 1 Co. 15:47; Ef. 4:8-10). En Colosenses 1:19 se nos dice que agradó al Padre que en él habitase toda plenitud". En Colosenses 2:9, que "en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad". En otros lugares Pablo habla de Jesús como "Dios manifestado en carne" (1 Ti. 3:16), de su apariencia en la tierra como una "epifanía" (2 Ti. 1:10, en el texto griego) y, lo más dramático de todo, de "nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo" (Tit. 2:13).⁴ "La concepción de la persona de Cristo que subyace y encuentra expresión a la epístola a los Hebreos no es diferente de la que gobierna todas las alusiones nuestro Señor en las epístolas de Pablo"⁵, como escribió B. B. Warfield, profesor de teología del Seminario Teológico de Princeton hasta su muerte en 1921. El capítulo 2 de Hebreos, como el pasaje de Filipenses 2:5-11, se basa sobre la premisa de la preexistencia y la completa divinidad de Cristo. El punto principal es que Cristo se trasladó de su posición de gloria, anterior a su Encarnación, para poder alcanzar así nuestra salvación y ahora ha sido, nuevamente, plenamente glorificado. "Le hiciste un poco menor que los ángeles, le coronaste de gloria y de honra, y le pusiste sobre las obras de tus manos; todo lo sujetaste bajo sus pies" (2:7-8). "Pero vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles (es decir, fue hecho hombre), a Jesús, coronado de gloria y de honra, a causa del padecimiento de la muerte" (2:9). En otros pasajes de Hebreos se lo describe a Jesús como reflejando "la gloria de Dios" y siendo "la imagen misma de su sustancia" (1:3), "santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores" (7:26), y a quien le ha de ser dada "la gloria por los siglos de los siglos" (13:21).

La enseñanza de Juan

En los libros tradicionalmente adjudicados al apóstol Juan, en particular el cuarto evangelio, la deidad de Cristo es un tema por encima de cualquier otro. El propósito del evangelio de Marcos, si es posible reducirlo a uno solo, es revelar al Señor Jesucristo como el siervo de Dios. Mateo lo presenta como el Mesías judío. Lucas hace hincapié sobre la humanidad de Cristo. Pero en Juan, Jesús se nos revela como el Hijo de Dios, eterno y preexistente, que se hizo hombre para revelar al Padre y traernos la vida eterna mediante su muerte y su resurrección. Hacia el final de ese evangelio, Juan nos dice explícitamente que este ha sido su propósito: "Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro.

Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre" (Jn. 20:30-31).

Como este ha sido el propósito de Juan cuando escribió su evangelio, no nos sorprende encontrar su tesis —que Jesús es Dios— en el mismo comienzo de su evangelio. Allí escribe: "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios" (1:1-2). Del versículo 14 aprendemos que "aquel Verbo fue hecho carne" y que este término clave, Verbo, se refiere a Jesús. Es así como los versículos iniciales de este evangelio nos están diciendo que Jesús estaba con Dios desde el principio, o sea desde la eternidad pasada, y que en realidad él mismo era enteramente Dios. Las oraciones que abren este evangelio son una afirmación categórica sobre la divinidad de Cristo. Hay al menos tres afirmaciones distintas en estos versículos, una de ellas repetida en un lenguaje ligeramente diferente.

La primera afirmación, que es la que se repite, es que Jesús existía con Dios "en el principio". Esta expresión es utilizada de distintas maneras en la Biblia. En la primera carta de Juan se la utiliza para referirse al inicio del ministerio de Cristo sobre esta tierra: "Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y palpado con nuestras manos tocante al Verbo de vida... lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos" (1 Jn. 1:1-3). En Génesis se la usa para describir el comienzo de la creación, "En el principio creó Dios los cielos y la tierra" (Gn. 1:1). Pero en el evangelio de Juan, la referencia en la expresión va más atrás a ese comienzo. Juan se está refiriendo a una eternidad pasada, diciendo que cuando una persona comienza a hablar sobre Jesucristo, él o ella sólo puede hacerlo adecuadamente si va más atrás en el tiempo, antes de su vida en la tierra, antes del comienzo de la creación, a la eternidad. Es allí donde Jesús estaba. Según esta perspectiva, Juan claramente comparte las enseñanzas de Pablo en la epístola a los Filipenses y las enseñanzas contenidas en el libro de los Hebreos.

La segunda afirmación del capítulo 1 de Juan es que Jesucristo era "con" Dios. Esta es una afirmación de la personalidad separada de Cristo en el mismo sentido que ha sido expresada en la doctrina de separación de las personas dentro de la Trinidad. Pero es muy sutil. Juan desea decir que Jesús es plenamente Dios. Más adelante nos informará sobre Jesús diciendo "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre" (Jn. 14:9). Juan sabe que dentro de la Divinidad hay diversidad, y está expresando esto con esta afirmación.

La última afirmación es la declaración que Jesús es plenamente divino. El texto griego dice literalmente: "Y Dios era el Verbo" lo que significa "Y Jesús era plenamente divino en todos sus aspectos". Todo lo que podemos decir sobre el Padre puede ser también dicho sobre el Hijo. ¿Es soberano el Padre? También Jesús es soberano. ¿Es omnisciente el Padre? También Jesús es omnisciente. ¿Es omnipresente el Padre? También Jesús es omnipresente. En realidad, en Jesús podemos encontrar toda la sabiduría, la gloria, el poder, el amor, la antiedad, la justicia, la bondad y la verdad de Dios.

En cierto sentido, todo lo que viene a continuación en el evangelio de Juan nos ilustra que Jesús es Dios. Juan organiza su evangelio de la misma manera que un estudiante podría organizar una monografía de fin de curso, primero planteando lo que intenta probar, luego probándolo y, por último, resumiendo su posición, como diciéndole al lector: "Como es posible ver, he hecho lo que dije que iba a hacer". Por este motivo todo lo que aparece en el evangelio podría ser considerado en este momento de nuestro estudio: los milagros, los discursos, la reacción de los enemigos y los amigos de Cristo, e incluso hasta los propios comentarios de Juan.

En lugar de hacer eso, sin embargo, puede resultar válido tomar un único pasaje como indicativo de la orientación general del evangelio de Juan. Este texto nos muestra sin ninguna duda que la concepción que Juan tenía de Cristo es la más alta que sea posible imaginar. El texto es Juan 12:41, donde luego de haberse referido a la visión que Isaías tuvo de Dios (en Isaías 6), dice: "Isaías dijo esto cuando vio su gloria, y habló acerca de él".

Para las personas que viven hoy en día, en particular los cristianos, esta referencia puede parecer muy natural, ya que estamos acostumbrados a afirmaciones teológicas que le asignan una plena

deidad a Cristo. Pero esto, que hoy resulta tan natural, no era nada natural para Juan, un judío monoteísta, ni para sus contemporáneos. Para un judío viviendo en los tiempos de Juan, Dios era prácticamente inaccesible en su trascendencia. Era el Santo de Israel. Habitaba la gloria inaccesible. Nunca nadie lo veía. Y cuando en alguna ocasión fuera de lo común alguna persona privilegiada, como Moisés o Isaías, había tenido una visión de Dios en su gloria, se creía que no habían tenido en realidad una visión de Dios como es en sí mismo, sino más bien solo una imagen o un reflejo de él. Pero que sin embargo dicha visión los había llenado de temor y admiración.

Lo que vio Isaías fue la visión, más fiel y cercana que aparece en todos los escritos y tradiciones judías, de un "retrato" del Dios vivo y santo. Y esta visión con todo su esplendor inexpresable es la que Juan aplica a la persona de Jesús. No cabe duda que Juan está tomando la visión más excelsa de Dios en todo el Antiguo Testamento para decir que era el retrato de un carpintero de Nazaret que estaba por ser crucificado —tan alta es la opinión que Juan tenía de él.

Las pretensiones de Cristo

¿De dónde obtuvieron estos hombres, que obviamente estaban muy impresionados con Cristo pero que no eran tontos, tan alta opinión sobre él? ¿Por qué creyeron que él era Dios? La respuesta a estas preguntas se da en dos planos. Primero, porque esto fue lo que Jesucristo mismo enseñó. Segundo, porque las observaciones que ellos hicieron de su vida no permitía otra explicación.

Las pretensiones que Cristo hace de sí mismo ocurren a lo largo de todos los evangelios, tanto directa como indirectamente. Prácticamente todo lo que Jesús dijo puede interpretarse como una pretensión de su divinidad. Su primera predicación es un claro ejemplo. Cuando Juan el Bautista aparece anunciando la llegada inminente del reino de Dios, señaló a uno que sería la forma corpórea de dicho reino. Cuando Jesús vino, su primera predicación fue un anuncio de la llegada del reino: "El tiempo se ha cumplido; y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio" (Mr. 1:15). Más adelante se refirió a sí mismo cuando le hablaba a los fariseos en los siguientes términos: "...he aquí el reino de Dios está entre vosotros" (Lc. 17:21). Está pretendiendo que las profecías del Antiguo Testamento se referían a él y se cumplían en él.

Todas las palabras de Cristo sobre el Antiguo Testamento se encuentran en esta categoría. Sus enseñanzas pueden resumirse como sigue: "No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir" (Mt. 5:17). Cuando invitó a los hombres a seguirle —"Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres" (Mt. 4:19)— estaba diciendo implícitamente que él era digno de ser seguido. Cuando perdonó pecados, lo hizo sabiendo que estaba haciendo algo que únicamente Dios podía hacer (Mr. 2:1-12). Hacia el final de su vida prometió enviar el Espíritu Santo de Dios para que acompañara a sus discípulos después de su ida, lo que también está demostrando su divinidad.

Pero lo que resulta más llamativo de sus pretensiones fue su referencia singular a Dios como su Padre. Esto no era una forma común de expresión en el judaísmo (como lo es hoy en día en la lengua inglesa, o castellana). Ningún judío se refería a Dios, en ninguna oportunidad, llamándolo directamente "mi Padre". Sin embargo, esta fue la forma que Jesús usó para dirigirse a Dios, en especial en sus oraciones. En realidad, se trata de la única forma que utilizó para dirigirse a Dios. Se refería exclusivamente a su relación con el Padre. Jesús dijo: "Yo y el Padre uno somos" (Jn. 10:30). Dijo, también: "Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti... Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido" (Jn. 17:1,25). Eventualmente, le enseñó a sus discípulos a dirigirse también a Dios como su Padre, como resultado de la relación que mantenían con él. Sin bien en ese caso la relación que él mantenía con su Padre y la relación que ellos tenían con el Padre era diferente. Fue así que le dijo a María Magdalena: "Ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios" (Jn. 20:17). No dijo "a nuestro Padre" ni "a nuestro Dios". "Pero tan íntima era su identificación con Dios que resultaba natural equipar la actitud del hombre hacia sí mismo con su actitud hacia Dios. Por eso es que conocerlo a él era conocer a Dios (Jn. 8:19,14:7); haberlo visto

a él era haber visto a Dios (Jn 12:45; 14:9); creer en él era creer en Dios (Jn. 12:44;14:1); recibirlo a él era recibir a Dios (Mr. 9:37); odiarlo a él era odiar a Dios (Jn. 15:23); y honrarlo a él era honrar a Dios (Jn. 5:23)".⁶

Resulta particularmente interesante tomar nota de las afirmaciones que Jesús inicia con un "Yo soy", ya que dijo ser todo eso que los seres humanos necesitan para tener una vida espiritual plena. Sólo Dios puede con justicia realizar dichas afirmaciones: "Yo soy el pan de vida" (Jn. 6:35). "Yo soy la luz del mundo" (Jn. 8:12; 9:5). "Yo soy la puerta" (Jn. 10:7, 9). "Yo soy el buen pastor" (Jn. 10:11,14). "Yo soy la resurrección y la vida" (Jn. 11:25). "Yo soy el camino, la verdad y la vida" (Jn. 14:6). "Yo soy la vida verdadera" (Jn. 15:1,5).

Pero además de estas pretensiones indirectas, existe un número de afirmaciones que directamente declaran su divinidad. Dichas pretensiones eran consideradas una blasfemia en los días de Cristo y se castigaban con la muerte. Para evitar una muerte prematura y sin demoras, Jesús fue muy cauteloso con lo que declaraba y a quien se lo declaraba. Sin embargo, realizó un número de afirmaciones directas. En el capítulo 8 de Juan, por ejemplo, los líderes del pueblo habían estado desafiando todo lo que decía Jesús, y ahora estaban desafiando su declaración de que Abraham se había gozado de haber visto el día de Cristo y que lo había visto y se había gozado. Decían: "Aún no tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abraham?". Él les contestó, utilizando la forma más solemne que tenía para introducir un dicho: "De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy" (Jn. 8:57-58). Esto hizo que los líderes se enfurecieran tanto que inmediatamente tomaron piedras para arrojarle y apedrearlo.

Basado en la forma de pensar que tenemos hoy en día puede resultar algo difícil comprender por qué esta afirmación pudo provocar una respuesta tan violenta. El matar a una persona a pedradas era el castigo para la blasfemia, por haber asumido las prerrogativas que le correspondían sólo a Dios. ¿Pero dónde radica la blasfemia en las palabras de Jesús? De las palabras de Jesús resulta evidente que estaba diciendo que había existido antes que Abraham hubiese nacido. También resulta obvio cuando se ve el tiempo verbal que utiliza —"Antes que Abraham fuese, yo soy"— que estaba afirmando tener una preexistencia eterna. Pero esto por sí solo no sería motivo suficiente para ser apedreado. El verdadero motivo que produjo esa reacción tan violenta es que cuando Jesús dijo "Yo soy" estaba usando el nombre divino con el cual Dios se había revelado a sí mismo a Moisés en la zarza ardiente. Cuando Moisés preguntó: "He aquí que llego yo a los hijos de Israel, y les digo: El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros. Si ellos me preguntaren: ¿Cuál es su nombre?, ¿qué les responderé? Y respondió Dios a Moisés: YO SOY EL QUE SOY... Y dijo: Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me envió a vosotros" (Ex. 3:13-14). Ese es el nombre que Jesús se apropió para sí mismo. Por eso fue que los judíos, que inmediatamente reconocieron su pretensión, tomaron piedras para arrojarle para matarle.

Un ejemplo final de la concepción singular que Cristo tenía sobre sí mismo ocurre poco tiempo después de la resurrección, cuando Jesús se aparece a sus discípulos, estando Tomás presente. Jesús ya había aparecido a los discípulos pero Tomás estaba ausente. Cuando le contaron a Tomás de su aparición, Tomás dijo: "Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré" (Jn. 20:25). Entonces el Señor se apareció una vez más a los discípulos y le solicitó a Tomás que hiciera la prueba que quería hacer: "Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado" (20:27). Sobrecogido por la presencia de Cristo, Tomás inmediatamente cayó al suelo y lo adoró, diciéndole: "¡Señor mío, y Dios mío!" (20:28). ¡Señor y Dios! ¡Adonai! ¡Elohim! Y Jesús aceptó esa designación. No la negó.

¿Un hombre bueno? ¿Un loco? ¿Un impostor? ¿O el Hijo del Hombre?

Hemos seguido las afirmaciones sobre la divinidad de Cristo a través de los escritos del apóstol Pablo, el libro a los Hebreos y el evangelio de Juan, hasta las enseñanzas de Jesús mismo. "¿Es posible creer esto?", podría preguntarse alguien. "¿Es posible creer que un carpintero de Nazaret,

no importa cuán extraordinario haya sido, era realmente Dios?". Analicemos las distintas posibilidades.

Una respuesta verdaderamente imposible fue dada por los pobladores de Jerusalén. Ellos en una ocasión dijeron: "Es bueno" (Jn. 7:12). Independientemente de todo lo demás que pueda ser, no puede ser simplemente un hombre bueno. Ningún hombre bueno podría con sinceridad haber hecho las afirmaciones que él hizo. Él se colocó en el lugar del Salvador de la raza humana, afirmó ser Dios y tener por lo tanto la potestad de salvar. ¿Acaso lo es? Si la respuesta es afirmativa, entonces es mucho más que un hombre. Si la respuesta es negativa, en el mejor de los casos está "equivocado" (y, en consecuencia, no es "bueno"), y en el peor de los casos es un mentiroso. ¿Cómo hemos de entender entonces sus afirmaciones? No las podemos ignorar. John R. W. Stott ha escrito: "Las pretensiones están allí. Por sí solas no constituyen la evidencia de la deidad. Las pretensiones podrían ser falsas. Pero es necesario encontrarles alguna explicación. No es posible considerar a Jesús como meramente un gran maestro si estaba tan equivocado en uno de los puntos principales de su enseñanza: ni más ni menos que la enseñanza acerca de sí mismo."⁷ C. S. Lewis escribió de manera similar: "Se hace necesario hacer una opción. Este hombre era, y es, el Hijo de Dios; o, por el contrario, se trataba de un demente o algo peor. Se lo puede encerrar por ser un loco; se lo puede escupir y matarlo por ser un demonio; o podemos dejarnos caer a sus pies y llamarlo nuestro Señor y Dios. Pero lo que no se puede admitir es venir con una insensatez paternalista y decir que se trataba de un gran maestro humano. Esa puerta no nos está abierta. No fue su intención".⁸

Decir, entonces, que Jesús fue un hombre bueno, un maestro bueno y excepcional a quien todos deberíamos escuchar y de quien todos deberíamos aprender es una explicación imposible de la persona de Cristo. La cita de C. S. Lewis ya nos está sugiriendo las restantes posibilidades. Son tres.

En primer lugar, Jesús puede haber estado loco; o bien, podría haber sufrido de alguna megalomanía. Esta es la opinión que muchos en su día sustentaban cuando decían: "Demonio tienes" (Jn. 7:20). Hitler sufría de megalomanía, y posiblemente también Napoleón. Existe la posibilidad de que Jesús fuera como ellos. ¿Pero acaso lo era? Antes de llegar a esta conclusión de manera apresurada conviene que nos preguntemos si todo el carácter de Jesús (como nosotros lo conocemos) es compatible con esta especulación. ¿Jesús actuaba como una persona que está demente? ¿Habla como uno que está sufriendo de megalomanía? Resulta muy difícil leer los evangelios y estar satisfechos con esta explicación. Por el contrario, mientras leemos los evangelios, comienza a tomar cuerpo en nuestras mentes que en lugar de estar loco Jesús era en realidad el hombre más cuerdo que haya existido jamás. Hablaba con autoridad medida. Siempre parecía tener dominio sobre las situaciones. Nunca era sorprendido ni abrumado por las circunstancias. Resultará muy difícil clasificarlo como un demente.

Se dice que Charles Lamb dijo en determinada ocasión: "Si Shakespeare hubiese de entrar en esta habitación todos nos pararíamos y lo saludaríamos, pero si esa Persona (Jesús) entrara, deberíamos caer de rodillas e intentar besar el ruedo de sus ropas".

Otra razón por la que Jesús no puede haber estado loco la constituye la reacción que los otros tuvieron hacia él. Los hombres y las mujeres no lo toleraron simplemente; estaban a su favor o, de lo contrario, estaban violentamente en su contra. Esta no es la manera como reaccionamos hacia aquellas personas que consideramos dementes. El comportamiento irracional de un demente nos puede irritar. Podemos ignorarlo. Podemos encerrarlo si sus delirios ponen en peligro su vida y la de los demás. Pero no lo matamos. Sin embargo, fue precisamente esto lo que los hombres hicieron con Jesús.

Una segunda posibilidad es que Jesús fue un engañador, como otros sostuvieron (Jn. 7:12). Es decir, que él deliberadamente intentó engañar a las personas. Antes de considerar a fondo esta respuesta, sin embargo, debemos tener claro lo que ella involucra. En primer término, si Jesús realmente fue un engañador sin duda fue el mejor engañador que haya vivido. Jesús pretendía ser

Dios, pero dicha pretensión no la hacía en un medio griego o romano donde la idea de muchos dioses y semidioses era aceptable. Decía ser Dios en el corazón del judaísmo monoteísta. Los judíos era ridiculizados, y en ocasiones hasta perseguidos, por su creencia estricta en un solo Dios. A pesar de todo se aferraban a esa doctrina y se conducían como fanáticos en su defensa. Ese clima teológico fue el que Cristo eligió para hacer sus afirmaciones —¿y qué fue lo que sucedió?—. Lo que resulta llamativo es que consiguió que algunas personas le creyeran. Muchas personas creyeron en él —hombres y mujeres, campesinos y pobladores urbanos sofisticados, sacerdotes, y eventualmente hasta los miembros de su propia familia—.

Por otro lado, si Jesús fue un engañador, si no era Dios, correspondería tildarlo de ser un demonio. Pensemos con claridad. Jesús no dijo simplemente "Yo soy Dios" y nada más. Dijo: "Yo soy Dios y he venido a salvar la humanidad que había caído; yo soy el instrumento de salvación; confiadme vuestras vidas y vuestro futuro". Jesús enseñó que Dios es santo y que estamos separados de él porque no somos santos. Nuestro pecado constituye una barrera entre nosotros y Dios. Además, enseñó que él había venido a hacer algo con respecto a nuestro problema. Él habría de morir por nuestro pecado; él habría de llevar el castigo correspondiente. Todos los que confiaran en él serían salvos. Esas son buenas nuevas, son noticias sensacionales —pero únicamente si son ciertas—. Si no son verdaderas, sus seguidores son los más miserables de todos los seres humanos, y Jesucristo debería ser odiado por ser un demonio salido del mismo infierno. Si no son verdaderas, Jesús ha permitido que generación tras generación de seguidores capaces de creer cualquier cosa terminen en una eternidad sin esperanza.

¿Pero fue un engañador? ¿Es esta la única explicación que podemos dar de alguien que fue conocido por ser "manso y humilde"; quien se convirtió en un pobre evangelista itinerante para poder ayudar a los pobres y enseñar a quienes otros despreciaban; quien dijo: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar"? (Mt. 11:28). Los hechos no parecen concordar con esta explicación. No podemos enfrentarnos con los hechos de su vida y sus enseñanzas y todavía llamar a este hombre un engañador. Entonces, ¿qué? Si no fue un engañador, y no era tampoco un demente, sólo queda otra posibilidad. Jesús es quien dijo ser. Es Dios, y nosotros deberíamos seguirle.

Notas

1. Brunner, *The Christian Doctrine of Creation and Redemption*, p. 339.
2. J. A. Motyer, *Philippian Studies: The Richness of Christ* (Chicago: InterVarsity Press, 1966), p. 74.
3. Handle C. G. Moule, *Philippian Studies: Lessons in Faith and Love* (London: Pickering and Inglis, n. d.), p. 97.
4. Para una discusión más detallada sobre estos y otros pasajes, véase Benjamin Breckinridge Warfield, "The Person of Christ According to the New Testament," en *The Person and Work of Christ* (Philadelphia: Presbyterian and Reformed,
5. 1970), pp. 38-47.
6. *Ibid.*, p. 47.
7. Stott, *Basic Christianity*, p. 26.
8. Stott, *Basic Christianity*, p. 32.
9. Lewis, *Mere Christianity*, p. 41.